

Educación y Budismo I: una sabia formación al estilo oriental

Título: Educación y Budismo I: una sabia formación al estilo oriental. **Target:** Profesores de Infantil, Primaria, Secundaria. **Asignatura:** Ciencias de la Educación. **Autor:** María Dolores Vargas Porras, Licenciada en Filología Hispánica.

“¿Has estudiado Gramática alguna vez?”, preguntó un sabio a un barquero. “No”, respondió éste. “¿Entonces has perdido la mitad de tu vida!”, dijo el sabio. Más tarde, el viento empujó la barca a un remolino. “¿Sabes nadar?”, gritó entonces el barquero al gramático. “No. La natación no es cosa mía”, respondió el otro. “Entonces, ¿toda tu vida se ha perdido!”, replicó el barquero. Y la barca se hundió.

Lin Yutang

A lo largo de la historia de la humanidad, el hombre ha sido consciente de que el mundo en que vivimos es imperfecto y, con él, el hombre mismo, de ahí la necesidad de la existencia de una educación. Dicho concepto, tal y como aparece en el Diccionario, se entiende, no sólo como la adquisición de conocimientos o el desarrollo intelectual, social, moral, cívico, etc., de las personas, sino que además se refiere al desarrollo de las capacidades del individuo, a la asimilación de las normas, principios y valores presentes en la sociedad. De esta manera, la sociedad y la educación se unen para dogmatizar la transmisión cultural.

Sin embargo, existe un sentido diferente del concepto educación para algunas culturas, especialmente, orientales, donde el camino del aprendizaje es algo más que un simple proceso continuo de adquisición de conocimientos y se convierte en una forma de vida. En esta línea se sitúa, entre otras disciplinas, el Budismo, uno de los más asombrosos caminos por los que se puede transitar para mejorar el desarrollo humano.

EL BUDISMO Y SU CONTRIBUCIÓN EN LA EDUCACIÓN OCCIDENTAL. UN ENFOQUE DIFERENTE EN EL RÉGIMEN DE LA ENSEÑANZA

De todos es sabido que la educación y la Psicología se dan la mano. Al apoyarse en la rama psicológica, el método educativo se enriquece sobremedida y los resultados son sorprendentes. Pero imaginemos que, en lugar de apoyarse únicamente en una rama de la ciencia para aumentar su eficacia, la educación se apoyara en el tronco de toda una cultura, una cultura con sus propias tradiciones e ideologías. Imaginemos que, al unificar los sistemas educacionales de varias culturas, pudiéramos crear una educación que nos permitiera alcanzar, no sólo nuevos conocimientos, nuevos métodos y nuevos resultados, si no también, una plena formación humana, entendida ésta como la realización del individuo, de su propio modo de vivir y de un armonioso modo de vivir entre los suyos.

En este sentido, el Budismo, como disciplina que es, encamina el proceso de aprendizaje hacia el logro de la más alta sabiduría, deseo que ha sido manifestado por el hombre desde el principio de los tiempos. Antes bien, es evidente que no podemos imaginar todo esto si no conocemos en qué consiste exactamente el Budismo y en qué medida nos podemos servir de él para la mejora de cualquier sistema educativo. Así, para comprender por qué el Budismo converge con el terreno de la educación y formación humana, del mismo modo que lo hace la Psicología o cualquier otra ciencia o filosofía, hay que conocer los principios budistas básicos que hacen de esta disciplina un modelo ejemplar y, lo más importante, hay que aislarlo de la concepción religiosa en que, erróneamente, se le tiene. Una vez superado este hándicap, comprobaremos que su contribución a la formación humana es sumamente positiva, en tanto que supone el enriquecimiento personal (no sólo intelectual) y la evolución del alumno hacia su realización. De esta manera, los conocimientos adquiridos alcanzan un valor incalculable.

El Budismo, sistema educacional del Buda Shakyamuni, se ha considerado en la práctica como una religión, una filosofía e, incluso, un culto. Sin embargo, el verdadero sentido del Budismo tradicional se desvía de estos matices y se considera fundamentalmente una educación aunque, en el presente, resulta extraña para quienes no la conocen. No es ni mejor ni peor que la nuestra. Es, sencillamente, diferente y, bajo un punto de vista educativo, muy provechosa y útil para la realidad de nuestra vida cotidiana. Ahora entenderemos de qué manera.

Si nos remontamos a los principios budistas mencionados, comprobaremos que nada tienen que ver con la religión, sino que tienden a relacionarse con el área de la formación humana. Así, iremos abordando uno a uno hasta evidenciar dicha relación, sus diferencias y concomitancias con la educación occidental, a la vez que se pueden contemplar como puntos de apoyo dentro de nuestro propio sistema educativo.

Se puede comenzar retomando lo que hablábamos antes. El motor de la educación budista es el autoconocimiento, disipar los errores procedentes de la ignorancia como búsqueda de la sabiduría, pues en ella está la clave para que aflore la auténtica felicidad. Visto así, no parece muy alejada de la educación occidental, si bien, entre una y otra hay un abismo muy vasto por varios motivos. En primer lugar, porque, para nosotros, el hecho de alcanzar la sabiduría, o más bien, aquello que creemos que es la sabiduría, no es más que una fachada tras la que se esconde una ambición mayor: ser más sabio, ser mejor, tener más...se trata de la competitividad a la que el ser humano se ve continua e irremediabilmente abocado, alimentando así su ego y alejándose de la verdadera sabiduría, la cual tiene como base la búsqueda de la verdad. La meta de nuestra formación es desarrollar el intelecto, pero esto va unido a una máxima que relega la propia formación a un segundo plano y nos condiciona, y que es la siguiente: “si no estudias, no serás nadie el día de mañana”. Aquí se pone en evidencia la errónea correspondencia que hacemos entre el aprendizaje y su verdadero fin. Desde pequeños se nos inculca esta idea, se nos enseña que la vida es dura y que para sobrevivir hay que competir en un mundo donde el más rico es aquel que mayor capacidad tiene de transformar su entorno a sus comodidades y deseos, pensando que, una vez que consigamos satisfacer ese pozo con aparente fondo, hallaremos la felicidad y, bajo esta esclavista esperanza, vivimos a merced de las fluctuaciones mentales como gato que persigue las sombras. Mientras las enseñanzas budistas tratan de disipar la ignorancia y el apego a nuestros deseos, emociones y sentimientos (pues es en este apego, entre otras cosas, donde realmente radica el sufrimiento universal), la sociedad trata de

condicionar a los jóvenes para que se conviertan en máquinas de producción en un mundo de competitividad donde se nos ponen obligadas metas, seguramente, las únicas y más valorables. Se premia la competencia y la superación, el ego se refuerza con el regocijo de saber que somos los mejores en algo y sobre sale, por encima de todo, la ley del más fuerte, pero no somos conscientes de que esta ley es sólo un reflejo de los instintos, la misma que, por naturaleza, prima entre los animales y les hace ser precisamente eso, animales, incapaces de evolucionar intelectualmente. A este respecto, cabe hacer alusión a un proverbio taoísta que reza así: “Por naturaleza nos aproximamos mucho unos a otros; por educación nos distanciamos mucho unos de otros”. Una gran verdad contenida en pocas palabras. Así, ante el instinto de supervivencia en esta sociedad que nos ha tocado vivir, perdemos de vista el sendero de la evolución personal y nos acomodamos en el aparentemente satisfactorio sillón del materialismo espiritual. Por tanto, no podemos eludir que el hecho de estudiar y crecer intelectualmente lleva emparejada una dimensión socioeconómica de la que somos esclavos; más que el placer de aprender y alcanzar la sabiduría, lo que atañe a nuestra formación son más bien factores externos a la propia disciplina, por los que nos dejamos arrastrar y nos alejamos del camino del aprendizaje, el cual se convierte en un subordinado a agentes de índole política, sociológica, etc., corrompiendo el concepto de educación y, con él, la práctica educacional. Aunque, por otro lado, hay que reconocer que no se nos ha enseñado a ver la vida de otra manera, por lo que la ignorancia forma parte de nosotros tanto como nuestra propia conciencia (lo cual se va a convertir en otra de las causas del sufrimiento universal, como se verá más adelante).

Sin embargo, en las enseñanzas budistas, alcanzar la sabiduría es el eje en torno al cual gira la educación; el objetivo materialista no tiene cabida en ellas. Si bien, el concepto de sabiduría para los budistas difiere profundamente del modo en que nosotros lo entendemos y, por ende, difiere en la manera de obtenerla y en el fin para el que se requiere.

Según esta doctrina, alcanzar la sabiduría significa conocer la raíz del sufrimiento humano (aquello que nos impide ser felices) y erradicarla. En principio, parece tratarse de un cometido que se sale de lo normal, llegando a ser casi sobrenatural. Es por ello que se tiende a pensar en el Budismo como un tipo de religión únicamente, cuando lo cierto es que, para alcanzar este cometido, se requieren una disciplina y unas enseñanzas muy humanas, una formación al alcance de todos que apunta, siempre por el camino del aprendizaje, hacia la meta final, hacia el conocimiento verdadero de la realidad. Esta es la disciplina budista.

Como hemos mencionado anteriormente, el sufrimiento universal viene, en parte, por el apego a nuestros deseos, emociones y sentimientos, pues nos arrastran a un ciclo oscuro continuo de causa y efecto con origen en la propia ignorancia y con un amplio abanico de consecuencias. De aquí deriva otro principio budista: la causa del sufrimiento reside en la identificación con la mente. Esto es, existe una tendencia ciega y natural a identificarnos con nuestra mente y sus corrientes, donde reside el oleaje de nuestras emociones y deseos, y lo vemos como algo tan normal y extendido que ni siquiera nos planteamos la posibilidad de que, bajo ese oleaje mental, pudiéramos residir en un vasto océano en calma. Según las enseñanzas budistas, debemos evitar aceptar que lo que somos es lo que pensamos, o a la inversa, es decir, entender que existe un centro alejado de los movimientos viciados y retroalimentados de nuestra mente, más cercano a un sentir y dominio global de nuestro ser, desde donde pasamos a convertirnos en observadores, en lugar de encontrarnos dentro de la escena. Además, si controlamos el pensamiento excesivo, podemos sortear estar al servicio y merced de

nuestra mente y emociones para que sean ellas las que se conviertan en herramientas a nuestro propio servicio, haciéndonos más responsables así de nuestro sufrimiento. Al estar sujetos a nuestros vicios mentales, lo que hacemos es alejarnos cada vez más de la capacidad original o lo que los budistas llaman Naturaleza Búdica, que es la esencia común a todos los seres, fuente original, pura e inalterable de la bondad universal, originaria del despliegue de la gracia vital y libre de todo condicionamiento, que nos permite investigar por la propia experiencia de dónde proceden esas emociones y aprender a desapegarnos de ellas, de la mente y sus movimientos, con los que constantemente nos identificamos. Nuestra naturaleza innata permanece pura e inalterable, como un reposado lago entre torrentes de engaños e ignorancia. Así, el Budismo, como educación y disciplina, nos enseña el desapego de las fluctuaciones mentales, trata de hacernos ver que la capacidad original existe sin la mente, por lo que contribuye a que los conocimientos lleguen hasta nosotros sin ningún tipo de envoltura emocional, de manera que nos permite evolucionar mejor como personas, no como máquinas. Si se piensa fríamente, estos conceptos difieren completamente del famoso “Cogito, ergo sum” (pienso, luego existo) de Descartes. Según Descartes, dado que somos nuestro pensamiento, existimos; mientras que las enseñanzas budistas no consideran el pensar una condición suficiente para existir, sino todo lo contrario. Para los budistas, la existencia no está amarrada al pensamiento. Afirmar que estoy pensando y que por ello existo, como hace Descartes, es decir que somos la mente, nos identificamos con ella y por ello existimos. Sin embargo, para los budistas, nosotros no somos la mente, son los pensamientos los que se adhieren a la mente. Y, precisamente cuando dejamos de pensar, es cuando estamos en contacto con nosotros mismos.

Un último principio budista, que no por ello es menos importante, es aquel que sitúa la raíz del sufrimiento universal en la ignorancia, entendida ésta como la incapacidad de recordar nuestra verdadera naturaleza. En la educación budista, la formación humana consiste en disolver de manera progresiva la ignorancia capital de los seres: el pensar que somos algo distinto a todo lo que nos rodea, cuando la verdad es que somos ignorantes de que estamos conectados con todo y con todos. Esta interrelación genera un sentimiento de compasión. La compasión o piedad filial es primordial en las enseñanzas budistas, pues nace una vez que se ha entendido la profundidad del origen del sufrimiento y la realidad humana. Puesto que todos somos víctimas del mismo sufrimiento o engaño, en tanto que no somos capaces de reconocer nuestra naturaleza intrínseca, emana la compasión para recordarnos que estamos interrelacionados y que el ego es aquello que nos hace creer que somos individuales. Aplicar este principio budista en la educación occidental es muy ventajoso, pues implicaría llevar a la práctica varios de los temas transversales que aparecen señalados en el Decreto 231/2007. Concretamente, estaríamos desarrollando la Educación para la Tolerancia y el Respeto (respeto de los derechos humanos y sus libertades, valores que preparan al alumnado para asumir una vida responsable en una sociedad libre y democrática), Educación para la Paz y la Convivencia, Educación para la Igualdad...Se trata de contenidos que no se trabajan directamente desde el área de cualquier materia, pero que hay que integrar en los contenidos para fomentar una educación en valores. Así, estos contenidos transversales deben impregnar la actividad docente y estar presentes en el aula de forma permanente. Por el contrario, no es esta la realidad, y queda relegado a un segundo plano de la enseñanza lo verdaderamente relevante. Podemos estudiar ciencias y ser un gran científico, pero si no se nos enseña el valor de la modestia y la humildad, podemos ser un gran científico soberbio y altanero, rechazado como persona por cuantos nos adularon como profesional.

Finalmente, cabe mencionar algunas de las consecuencias que conlleva esta ignorancia de la que hablan las enseñanzas budistas. No recordar nuestra verdadera naturaleza supone no encontrar nuestro sitio. En el campo de la educación, esto se traduce en lo siguiente: el alumno busca constantemente su lugar pero, al no contar con el mentor apropiado que le ayude en su camino, se encuentra con dificultades que él sólo no sabe esquivar. Esto explicaría, en cierto modo, por qué un alumno crea conflictos en clase, o por qué sufre de falta de atención y de concentración, por no hablar de problemas más graves que se salen del ámbito de la enseñanza y atañen a aspectos como la rebeldía en la adolescencia, retrasos en el desarrollo, la conducta agresiva, trastornos alimenticios (bulimia, anorexia), alcohol y drogas, marginación y racismo, etc.

Como colofón a todo lo anterior se puede decir que, antes que una religión en el sentido de “fe y culto hacia un ser sobrenatural”, el Budismo pasa por ser una disciplina que pone el énfasis en el conocimiento para ser los responsables de nuestra propia vida, en la práctica y la realización, de la que la educación occidental, y cualquier otra educación oriental, puede nutrirse y absorber numerosos beneficios para la formación humana. ●

Bibliografía

Albertario, A. y Feslifenian, F.: Proverbios chinos para meditar, Barcelona, editorial De Vecchi, 2003.

Boletín Oficial de la Junta de Andalucía, Decreto 231/2007.

Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, edición de María Moliner.

Dykstra Ingrid: El alma conoce el camino, Barcelona, ediciones obelisco, 2007.

Lama Jigme Rimpoche, La meditación en la acción, San Sebastián, Imagina, 1998.

Martín Molina, Francisco Javier: El libro de las mil mejores frases, Madrid, Pearson

Alhambra, 2006.

La Vida en el Escenario también forma parte de la educación musical

Título: La Vida en el Escenario también forma parte de la educación musical. **Target:** Profesores de Enseñanza Artística Musical. **Asignatura:** Especialidad instrumental. **Autor:** Manuela Redondo Millán, Licenciada en Música, especialidad Flauta Travesera.

Los alumnos de Enseñanzas Musicales a lo largo de su carrera y posteriormente, como parte esencial de su profesión, deben enfrentarse continuamente a la vida del escenario. Este hecho es primordial para la comunicación, por parte del músico, de expresar el arte de la música a un determinado público.